



**REFLEXIONES
SOBRE
UN MUNDO
LÍQUIDO**

**ZYGMUNT
BAUMAN**

ANTONIO F. RODRÍGUEZ (comp.)

PAIDÓS

ZYGMUNT BAUMAN

Antonio Francisco Rodríguez Esteban (comp.)

REFLEXIONES
SOBRE UN
MUNDO
LÍQUIDO

PAIDÓS 
Barcelona • Buenos Aires • México

1.^a edición, octubre de 2017

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

- © de la introducción y la edición, Antonio Francisco Rodríguez Esteban, 2017
- © de los textos, véase apartado *Referencias bibliográficas* (pág. 131)
Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Polity Press Ltd., Cambridge
- © de todas las ediciones en castellano,
Espasa Libros, S. L. U., 2017
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España
Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-3377-4

Fotocomposición: Lozano Faisano, S. L.

Depósito legal: B. 16.770-2017

Impresión y encuadernación en Huertas Industrias Gráficas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Sumario

<i>Introducción</i>	9
I. El yo y sus máscaras. Crisis de la identidad en un nuevo mundo	13
II. El miedo al otro. Las nuevas fronteras y el drama de la inmigración ..	29
III. Aldeas en red. La lógica perversa de la globalización y la desigualdad	41
IV. El vuelo de Ícaro. Consumismo y modernidad líquida	61
V. La piel transparente. Individualismo y comunidad en un mundo líquido	79
VI. Angelus Novus 2.0. Repensar la idea de progreso, crisis y esperanza	93
VII. Summum bonum. La felicidad y el arte de la vida	115
<i>Referencias bibliográficas</i>	131

CAPÍTULO I

El yo y sus máscaras. Crisis de la identidad en un nuevo mundo

La «historia de la modernidad» es también la historia de «un cierto tipo de yo». Pero ¿qué tipo de yo? O más bien, ¿qué tipo de «modalidad existencial»? En mi opinión es esto último lo que ha cambiado radicalmente con el advenimiento de la modernidad.

(Practices of Selfhood, próxima publicación)

Un logro en absoluto menor de la sociedad de la confesión es que conduce a la destrucción de la autonomía individual tras la bandera de la autoafirmación. A esto equivale la identificación de la comunidad con la conversión de las revelaciones personales en espectáculos públicos.

*(La ambivalencia de la modernidad
y otras conversaciones, pág. 170, 2002)*

La vuelta al yo ha nacido como una especie de grito de guerra en la batalla por liberarnos de los horrores de la reclusión tribal, resucitado por el cadáver de su más aparente alternativa (la del cosmopolitismo), del mismo modo que la idea de la «vuelta a las tribus» era el lema con el que muchos tratan de buscar un refugio que los proteja de las abominaciones de la soledad de los individuos huérfanos en la era de la posliberación. Ambos llamamientos son venenos que funcionan como antídotos el uno del otro.

(*Retrotopía*, pág. 117, 2017)

La nueva moral de la «vuelta al yo» pasa a fundarse en una reorientación de la responsabilidad para que deje de estar «ahí fuera» y pase a residir en mi cuerpo: en la habilidad de este y en su capacidad para procurar la satisfacción del *wellness*. El daño colateral provocado por el cambio en cuestión es la privatización del deber moral, que pasa a adquirir una esencia autorreferencial.

(*Retrotopía*, pág. 127, 2017)

Gracias a Internet se ha concedido a todo el mundo los proverbiales 15 minutos de fama y la ocasión de recuperar la esperanza del estatus de celebridad pública. Ambos parecen fáciles y al alcance de la mano, como nunca lo fueron en el pasado. Y la atracción de convertirse en una celebridad consiste en que el propio nombre y aspecto tengan más difusión que los propios logros

en un mundo hecho a la medida de una feria de vanidades.

(Practices of Selfhood, próxima publicación)

La nueva moral ha dejado de ser centrífuga y es ahora centrípeta: de ser el principal aglutinante que salvaba distancias y acercaba posiciones entre las personas y, en definitiva, las integraba, ha pasado a convertirse en una más de la ya larga lista de herramientas de división, separación, disociación, alienación y laceración.

(Retrotopía, pág. 127, 2017)

El yo y la alteridad están condenados a encontrarse, aunque permanezcan en universos diferentes. No son conmensurables, de la misma manera que nada que, como el yo transitorio y moral, sea finito puede sondear, y menos agotar, el infinito.

(La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones, pág. 180, 2002)

La única compañía recomendada al yo solitario es aquella que se le ha hecho accesible a través de compras realizadas en el mercado de los asesores y terapeutas.

(Retrotopía, pág. 132, 2017)

Según Byung-Chul Han, nuestra «sociedad del rendimiento» se especializa en la fabricación de «depresivos y fracasados». Los individuos clasificados dentro de estas dos categorías caen en la autoexplotación, el auto-tormento y la autoextenuación. Es a su propia insuficiencia vergonzante a lo que atribuyen su infortunio y humillación.

(Extraños llamando a la puerta, pág. 56, 2016)

Para exponer al público un nuevo yo y admirarlo en un espejo y en los ojos de los otros, uno necesita sacar de su vista y de la vista pública al viejo yo y, posiblemente, también de su propia memoria y de la de los demás. Cuando emprendemos una «autodefinición» y una «autoconfirmación», practicamos una destrucción creativa. Día tras día.

(El arte de la vida, pág. 93, 2017)

Somos habitantes de dos mundos diferentes: uno *online*, conectado, y otro *offline*, desconectado, por mucho que hayamos aprendido a movernos entre el uno y el otro con tanta soltura que, en la mayoría de los casos, ni nos damos cuenta de ello.

(Extraños llamando a la puerta, pág. 92, 2016)

Vivimos en una sociedad confesional que fomenta la autoexposición como prueba de existencia social primor-

dial y más fácilmente accesible. Millones de usuarios de Facebook compiten unos con otros para revelar y poner a disposición pública los aspectos más íntimos de su identidad, sus conexiones sociales, sus pensamientos, sus sentimientos y sus actividades. Las redes sociales son lugares donde la vigilancia es voluntaria y autoinfligida.

(*Ceguera moral*, pág. 77, 2015)

La primera cualidad nueva (moderna) fue, recurriendo a la distinción de Martin Heidegger, el resultado de trasladar el «yo» desde la modalidad de *Zuhanden* a la de *Vorhanden*; de algo determinado, demasiado obvio como para prestarle atención, y en realidad «oculto a la luz» de su obviedad, desapercibido e inofensivo, a una tarea: un desafío que requiere un examen más detallado y necesita ser estudiado en profundidad a fin de ser plenamente comprendido, asimilado, abordado, realizado, revisado, mejorado; en otras palabras, como algo minuciosa, perpetua y endémicamente problemático.

(*Practices of Selfhood*, próxima publicación)

La condición de ser observados y vistos cambió de categoría pasando de ser una amenaza a ser una tentación. La promesa de una visibilidad más amplia, la perspectiva de «estar al descubierto», a la vista de todos y visto por todos, encaja con la búsqueda más ávida de pruebas de reconocimiento social, y mediante ellas de existencia válida. Tener toda nuestra persona, con lo bueno y con lo malo, registrada y accesible al público

parece ser el mejor antídoto profiláctico contra la exclusión.

(*Vigilancia líquida*, pág. 32, 2013)

En la actualidad, la depresión es la enfermedad psicológica más común. Acosa a un número creciente de personas englobadas bajo el nombre colectivo de «precariado», un término acuñado a partir del concepto de «precariedad», que denota precisamente incertidumbre existencial.

(*Ceguera moral*, pág. 128, 2015)

Hay una profunda diferencia entre el concepto pre-moderno de la confesión y su acepción moderna, esto es, como manifestación y afirmación de una «verdad interna», de la autenticidad del «yo», el fundamento de la individualidad y de la privacidad individual.

(*Vigilancia líquida*, pág. 35, 2013)

La vida líquida significa un autoescrutinio, una autocrítica y una autocensura constantes. La vida líquida se alimenta de la insatisfacción del yo consigo mismo.

(*Vida líquida*, pág. 21, 2006)

El camino hacia la identidad es una batalla continua y una lucha interminable entre el deseo de libertad y la necesidad de seguridad, agravada además por el miedo a la soledad y el terror a la incapacitación.

(*Vida líquida*, pág. 45, 2006)

El propio sujeto mismo se ha unido a las filas de los objetos del celo cognitivo, la atención y la intervención creativa del yo. El supremo hacedor actúa en el papel de objeto primordial de su preocupación por hacer/rehacer.

(*Practices of Selfhood*, próxima publicación)

Es preciso actualizar constantemente esas preciadas «partes» de la identidad; he aquí una de las causas principales de la asombrosa popularidad de los sitios web de «redes sociales» como MySpace o Facebook, que ofrecen una puesta a punto, una actualización instantánea y casi sin esfuerzo, de nuestra cara.

(*44 cartas desde el mundo líquido*, pág. 67, 2011)

El «yo» es tanto determinante como un producto de la interacción. La más privada de las posesiones humanas es también la más dependiente de la sociabilidad humana. Si no fuéramos animales sociales, probablemente nunca habríamos descubierto la idea de que somos o tenemos «yoes». Gracias a la interacción con los otros afloramos

ra la conciencia de «tener un yo» o de «ser un yo» y se gestiona la dilatada tarea de construir y reconstruir las identidades.

(Practices of Selfhood, próxima publicación)

La «identidad», aunque ha seguido siendo un aspecto importante y una tarea absorbente desde la moderna transición de una sociedad de la «adscripción» a una sociedad del «logro» (es decir, desde una sociedad en la que las personas «nacían» con una identidad, a una sociedad en la que la construcción de una identidad es tarea y responsabilidad de cada uno), comparte ahora el destino de otras guarniciones de la vida: desprovista de una dirección determinada desde el principio y para siempre, y sin tener que dejar tras ella unas trazas sólidas e indestructibles, se espera, y se prefiere, que la identidad pueda fundirse fácilmente y adaptarse a moldes de formas distintas. Lo que antes era un proyecto para «toda la vida» hoy se ha convertido en un atributo del momento. Una vez diseñado, el futuro ya no es «para siempre», sino que necesita ser montado y desmontado continuamente.

(El arte de la vida, pág. 24, 2017)

Los humanos no nacen humanos, sino que se hacen humanos —en el incesante esfuerzo de autoformación, autoafirmación y mejora de sí mismos—, guiados, dirigidos, ayudados e incitados por la comunidad humana a la que llegan al nacer.

(Practices of Selfhood, próxima publicación)

Anular el pasado, «renacer», adquirir un yo diferente y más atractivo al tiempo que se descarta el antiguo, gastado y ya no deseado, reencarnarse en «alguien completamente distinto», y «empezar de nuevo»... son ofertas apetecibles y difíciles de rechazar de plano.

(*El arte de la vida*, pág. 25, 2017)

La nueva versión del concepto de derechos humanos desmonta las jerarquías y desgarrar la imaginaria de la «evolución cultural» ascendente («progresista»). Las formas de vida flotan, confluyen, chocan, colisionan, se aportan mutuos asideros, convergen, se separan y se escinden con idéntico peso específico.

(*44 cartas desde el mundo líquido*, pág. 174, 2011)

Lo que en la actualidad guía los esfuerzos en pos de la «autorrealización» no consiste en poner barras a las «tes» y puntos a las «íes» en un modelo del yo predestinado y firmemente adoptado, y seguido tenaz y sistemáticamente, sino mantener el modelo inconcluso, siempre flexible, dejando mucho espacio para experimentar con sus alternativas, conocidas o todavía desconocidas, pero que se espera que a floren y puedan ser aprendidas. Lo que guía estos esfuerzos es el temor a fijar, más que el deseo de alcanzar la línea final de meta. La moderna condición líquida valora mucho la flexibilidad; y, lo queramos o no, nosotros obedecemos.

(*Practices of Selfhood*, próxima publicación)

Si la felicidad está permanentemente a nuestro alcance y si alcanzarla solo consume los pocos minutos necesarios para hojear las páginas amarillas y sacar la tarjeta de crédito del bolsillo, es evidente que la persona que no consiga la felicidad no puede ser «real» o «genuina», sino que es un dechado de pereza, ignorancia o ineptitud... cuando no todo a la vez. Esta persona debe de ser una falsificación o un fraude. La ausencia de felicidad, su insuficiencia, o una felicidad menos intensa que la que se proclama asequible para todos los que traten de conseguirla con suficiente ahínco y usen los medios y habilidades apropiados, es toda la motivación que uno necesita para rechazar conformarse con el «yo» que posee y embarcarse en un viaje de descubrimiento, o mejor, de invención de sí mismo. El yo fraudulento o malogrado debe descartarse por su «falta de autenticidad» mientras prosigue la búsqueda del «yo» real.

(*El arte de la vida*, pág. 26, 2017)

La tarea de producción del yo se ve increíblemente facilitada por el suministro masivo de kits de montaje para interpretaciones recomendadas hoy en día, y por lo tanto anheladas y consumidas con avidez, con ayuda de las cadenas de tiendas y los medios de comunicación interesados en rastrear y perseguir el beneficio.

(*Practices of Selfhood*, próxima publicación)

Todos nosotros somos personas cada vez más solitarias que están cada vez más en contacto (o, por decirlo

de manera más «moderna», que están todo el tiempo conectándose y desconectándose). Semejante situación solo puede resultar turbadora y desconcertante. La soledad se disfraza de alegría; el aislamiento, la desolación y el abandono se camuflan de desangelado compañerismo. Estar uno en su sitio sin ataduras equivale a poner fin a las incómodas y engorrosas ceremonias de iniciación, admisión y despedida. Son los placeres de formar parte de la comunidad sin las fatigas del compromiso y la obligación.

(Management in a Liquid Modern World,
próxima publicación)

El sino que nos toca en suerte determina el abanico de opciones realistas disponibles a nuestro alcance, pero el carácter elige entre dichas opciones.

(Of God and Man, próxima publicación)

El trabajo de autocomposición se detiene; sugiero que su historia puede visualizarse como una sucesión de instantes presentes, cada uno de ellos atrapado en el acto de reciclar el futuro, concedido (a menudo de forma inconsciente) a la mente anticipatoria y a menudo no consciente, en el pasado, el cual está constituido por las trazas que dejan las actividades de la razón participativa.

(Practices of Selfhood, próxima publicación)

La volatilidad, vulnerabilidad y fragilidad de todas y cada una de las identidades carga a todo aquel que busca una identidad con la obligación de atender a diario las tareas de identificación. Lo que podía haber empezado como una empresa consciente puede convertirse, con el tiempo, en una rutina en la que ya no se reflexiona, mientras que la afirmación repetida, sin fin y en todo lugar, de que «tú puedes convertirte en alguien diferente de quien eres» se reformula como «tú debes convertirte en alguien diferente de quien eres».

(El arte de la vida, pág. 97, 2017)

La formación de identidades deviene en una labor de toda una vida, nunca completa del todo; no hay momento alguno de ese recorrido vital en el que la identidad sea «definitiva». Nunca deja de ser una tarea pendiente de reajuste, puesto que ni las condiciones de la vida ni los diversos conjuntos de oportunidades y amenazas cesan jamás de cambiar. Ese carácter «no definitivo», esa naturaleza no concluyente de la tarea misma de la autoidentificación, ocasiona grandes dosis de tensión y ansiedad.

(Mundo consumo, pág. 26, 2010)

Un yo moral seguro de sí mismo es en esencia una contradicción en los términos; la incertidumbre es tanto el destino y el origen del yo moral cuanto el hábitat natural de la moralidad. Es la incertidumbre la que nos

obliga a elegir. Es la incertidumbre la que nos hace cargar con la responsabilidad de esa elección.

(*On the World and Ourselves*, próxima publicación)

Tal vez es inútil proceder desde una visión holística del yo humano hasta sus manifestaciones específicas en la práctica social y cultural.

(*Practices of Selfhood*, próxima publicación)

La idea de un «yo auténtico» que precede a todos los intentos de articularlo discursivamente es una invención moderna.

(*Practices of Selfhood*, próxima publicación)

Dadas las contraposiciones que la autocreación lucha en vano por reconciliar y la interrelación entre el mundo en constante cambio y las definiciones que los individuos hacen de sí mismos en un esfuerzo por ponerse al día con las condiciones cambiantes, la identidad no puede ser internamente coherente, ni puede en ningún momento emanar un aire de naturaleza definitiva que no deje margen de mejora adicional. La identidad está permanentemente *in statu nascendi*.

(*Mundo consumo*, pág. 33, 2010)

Hablando con franqueza: ese «centro» llamado «mi yo mismo» es un postulado de la Razón que busca lógica en lo ilógico y orden en el caos; el «yo» es, como sugiere Pessoa, una ficción geométrica, un constructo engendrado por la Razón que contribuye a la reinención de la locura que no puede contarse inteligiblemente como un relato comprensible.

(Practices of Selfhood, próxima publicación)

¿Debo añadir que no somos solistas sino miembros de una orquesta sinfónica que la mayoría de las veces toca sin partitura y sin director, una orquesta a la que llamamos «sociedad»?

(Practices of Selfhood, próxima publicación)

La mayoría de las relaciones se caracterizan por su estatus fluido, transitorio y eminentemente revocable, «hasta nueva orden»: el hecho que debería situarse en el centro de toda investigación sobre la dinámica del yo.

(Practices of Selfhood, próxima publicación)

En lugar de la «presentación del yo en público», los usuarios *online* afrontan el problema de la «presentación del yo a los públicos», un cambio fatídico que simultáneamente complica y facilita en gran medida su tarea. En el mundo *online*, los procesos de autoformación, autopresentación y autonegociación están despojados de sus

riesgos asociados más incómodos. Se pueden cubrir las apuestas, y se cubren, aunque con un éxito moderado.

(Practices of Selfhood, próxima publicación)

La cuestión de la dinámica del yo parece desplazarse/trasladarse desde el ámbito de los espacios moral y cognitivo al de lo estético.

(Practices of Selfhood, próxima publicación)

La producción del yo no puede ser sino una interacción continuada, incesante, siempre inconclusa e indefinida entre el «yo» y (tomando prestada la distinción de Martin Buber) el «tú» o el «ello». Ninguno de los actores emerge de esta interacción sin cambios de esta interacción. La «interacción» se reduce, como último recurso, a la interconexión entre las transformaciones de los agentes; puede presentarse como un bucle de cambios de identidad interconectados.

(Practices of Selfhood, próxima publicación)